

Pedro Ortiz Cabanillas (2002). *Lenguaje y habla personal. El cerebro humano como sistema semiótico*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 325 pp.

Las relaciones entre la lingüística y las ciencias neurológicas han conocido la ignorancia mutua, el recelo, la mixtura confusa y abusiva (piénsese en el *bluff* actual que circula entre algunos pasillos de la psicología denominado “programación neurolingüística”); pero también el encuentro, del cual, de modo brillante, Jakobson fue pionero en sus intuiciones sobre las afasias y las diversas alteraciones de las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas en los diferentes niveles del lenguaje.

Al inicio de su texto, Ortiz describe el “estado de la cuestión” de las diversas corrientes que se entrecruzan en el estudio del lenguaje, detalle importante para el lector no necesariamente especializado en esta temática. Cuestión de gusto o fineza epistemológica, se puede estar de acuerdo o no con el autor a lo largo de los dos primeros capítulos (Capítulo I: *El estudio del lenguaje*; Capítulo II: *El marco conceptual para una teoría del habla personal*).

Una de las primeras aporías surge cuando se plantea que Saussure “se contradice al sugerir que [el lenguaje] es una forma de actividad psíquica” (p. 25), de igual modo, “para Saussure el lenguaje *es en esencia social e interdependiente de los individuos*; pero luego cae en una tremenda contradicción al decir que su estudio es *psíquico* (es decir, de naturaleza psíquica, objeto de la psicología y la fisiología)” (p. 68). Por otro lado se plantea respecto de Chomsky: “deberíamos asumir [según Chomsky] que el *lenguaje* no existe fuera de los hablantes y que por tratarse de una estructura psíquica deberíamos asumir su estudio dentro de la psicología” (p. 25). Verdades parciales –tal como ocurre a lo largo del texto–: para el caso de Saussure deberíamos hablar no de “lenguaje” (en el extracto citado) sino de

una *langue* como código o conjunto de éstos (la cual puede ser estudiada dado su carácter sincrónico), y de la denominación 'psíquica' en el sentido de *virtual* tal como lo define Coseriu (*Determinación y entorno*, en *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid, Gredos 1973) en contraste con la *parole* siempre *actual*. Ortiz obvia que el carácter social se realiza cuando ese sistema (o conjunto de sistemas virtuales) supone creación *ex novo* del hablante sobre la base de algo transmitido, convencionalizado, creado por la comunidad, preexistente a todo sujeto (característica básica de las Instituciones o de lo que Castoriadis denomina 'significaciones imaginarias sociales' *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona, Tusquets 1983).

Debe señalarse que, para Chomsky, así como para Saussure, la apuesta es metodológica: no se asume que el lenguaje no existe fuera de los hablantes (recuérdese el *input* necesario del ambiente para que los sistemas innatos de la gramática puedan desplegarse) más bien, el acento principal recae en las cualidades innatas y autónomas de la gramática.

Por otro lado, Ortiz lamenta que las diversas tendencias tanto psicológicas, como lingüísticas y psicolingüísticas (sin olvidar que este último es un campo en reciente expansión) hayan hecho del lenguaje un constructo abstracto concretizado en la relación lengua/habla (Saussure) o el estudio de la competencia lingüística (Chomsky) o el desempeño verbal del hablante (la psicología). De esta forma, el autor asume que la explicación científica del habla tiene que tener una base psicobiológica, considerando el estudio de las afasias solamente como un punto de partida para elaborar una teoría psicobiológica que debe "explicar no el *lenguaje*, sino el habla personal", siendo la base o modelo "una teoría sociopsicológica de la conciencia" (p. 60). Lamentablemente, este intento de superación se funda sobre una serie de yerros: el estructuralismo, —afirma el autor— supone una mala fundamentación del conductismo y el generativismo queda en similar situación respecto del cognitivismo (p. 61). Bastaría tomarse simplemente la molestia de cotejar la fecha de publicación del *Curso de lingüística general* con el *Manifiesto conductista* de Watson para percatarse del error en el que Ortiz incurre; es acertado señalar que ciertas escuelas estructuralistas norteamericanas se adscribieron, posteriormente, al conductismo de cuño watsoniano y luego skinneriano, pero afirmarlo para el estructuralismo en general supone un

abuso; recuérdese lo señalado por Coseriu (*Lecciones de lingüística general*. Madrid: Gredos 1988): no existe uno sino varios estructuralismos (Ortiz debería aclarar si se refiere al propio Saussure, a la Escuela de Ginebra, al Círculo de Praga, a la Glosemática, al Blomfieldismo, o incluso a Ducrot). Haciendo deducciones podemos suponer que Ortiz debe referirse a Blomfield, sin embargo, citando nuevamente a Coseriu debemos señalar que: “el blomfieldismo no se trata de una concepción del lenguaje, sino de una concepción de la ciencia y del método científico” (Op. cit, p. 117) y su relación con Saussure, al igual que con Sapir, es la de un gesto de reconocimiento. Asimismo, dentro del otro ejemplo que Ortiz señala, basta recordar que las ciencias cognitivas tienen en Chomsky uno de sus precursores y no al revés.

Producto de esta serie de confusiones, el autor achaca a la lingüística hechos tales como: “1) No tener en cuenta que el lenguaje corresponde al nivel de la humanidad y es atributo de ésta; 2) No tener en cuenta que el lenguaje es, *en realidad*, un sistema físico que codifica información social y psíquica facilitando así el curso de los procesos que determinan la esencia social de la conciencia; 3) No tener en cuenta que el lenguaje es de naturaleza distinta que los procesos psíquicos, funcionales, metabólicos y genéticos del habla que lo reflejan en el cerebro de cada personalidad” (pp. 60-61). Que se sepa, ningún lingüista afirma lo contrario a lo que Ortiz denuncia.

La confusión sistemática de este autor respecto de términos como *lenguaje* y *lengua*, el uso parcial de determinados conceptos lingüísticos (por ejemplo, la mezcla insuficiente que hace, deduciblemente, de Jakobson y Benveniste respecto a los ‘niveles del lenguaje’, sin citar a ninguno de los dos) así como el no reconocer que el aislamiento de ciertos tópicos realizados por la lingüística respecto del fenómeno lingüístico corresponde a una labor epistemológica básica de delimitación del objeto de estudio (cuestión que reseña, de modo notable, Foucault en el acápite *El lenguaje convertido en objeto* de *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México D.F. 1999 y, de igual modo Coseriu en *Lecciones de lingüística general*), convierten a este texto en un sumario de malentendidos (por ejemplo, afirmar que “lo que está mal es que el lingüista asuma implícitamente que el lenguaje es una función del cerebro y nada más que eso”) (p. 62).

La propuesta del autor se centra en “explicar similitudes y diferencias esenciales que necesariamente existen entre los sistemas de comunicación propios de la sociedad humana; así como explicar de qué naturaleza es el sistema cerebral del habla que nos caracteriza” (p. 62). En este punto es lícito preguntarse, qué ha hecho la lingüística todos estos años. Los problemas esenciales de este texto nacen del desconocimiento de trabajos capitales, como, por ejemplo, los de Coseriu referidos al estudio de una lingüística del habla que podrían ampliar el panorama de lo que la lingüística ha ofrecido en este punto.

El eje central de la propuesta de Ortiz es el “habla personal”, definida como: “...el subsistema de la conciencia que almacena y procesa el conjunto ordenado de señales verbales que refleja el sistema de signos lingüísticos que vuelven a ser los de su lengua”. Para una propuesta que pretende ir más allá de lo hecho por la lingüística, supone un escollo que la última parte de esta afirmación recuerde a Saussure, tachado de contradictorio a lo largo del texto.

Ortiz parece olvidar cuáles son los objetivos de la lingüística y cuáles los de la neurología, cuál es el orden de cada uno de estos discursos y en qué punto, sin perjudicar las bases epistemológicas de cada cual, pueden apoyarse mutuamente. Tal como plantea Coseriu: “El hablar es primeramente una actividad psicofísica, i.e. una actividad neurofisiológicamente condicionada... Los mecanismos del hablar condicionados biológicamente no son de forma directa objeto de la lingüística como ciencia de la cultura. Son objetos de la fisiología, de la psicología y de la medicina, incluyendo la psiquiatría” (*La competencia lingüística*. Madrid, Gredos 1988, p. 84).

Los capítulos III (*La sociedad y el lenguaje*); IV (*La personalidad y el habla personal*) y V (*Una explicación de los desórdenes del habla personal*) no ofrecen puntos de vista novedosos en cuanto a la relación cerebro-lenguaje pero sí contienen una amplia gama de denuestos hacia la lingüística que no merecen ser tratados en profundidad, por cuanto pueden considerarse producto de una lectura poco atenta como en los ejemplos antes citados, como señalar que términos como *fonema* o *grafema* no podrían ser utilizados por la lingüística: “El problema es ahora nuestro, dado que, por todo lo dicho, los términos *fonos*, *fonemas*, *palabras*, *oraciones*, en realidad sólo se refieren a correspondientes formas de actividad psíquica como si la lingüística

tuviera toda la razón” (p. 195). “Afortunadamente, nuestro trabajo consiste en precisar una teoría del habla y no del lenguaje; de hecho que debe preocupar que la lingüística no tenga su propia terminología para explicar al lenguaje, como sí parece tener la lógica” (p. 196).

Parece ser que la ausencia de nombres como Jakobson (en sus trabajos claves), cuya teoría se alude pero sin citársele; Benveniste (de quien la lectura de los apartados “El hombre en la lengua” de los dos volúmenes de *Problemas de lingüística general* hubiesen podido ser de utilidad al autor antes de acusar de “mecanicista” a la lingüística); y Coseriu, en sus diversos tratados sobre epistemología en lingüística, por citar algunos, determina que lo que podría haber sido un libro que unificara los hallazgos tanto de la lingüística como los de la neurología, se convierta en otro acostumbrado desencuentro (un texto de diferente tenor respecto de la temática planteada y al cual el lector puede recurrir es el artículo de José Marcos Ortega *Cerebro y Lenguaje*, contenido en el volumen editado por Ramón de la Fuente y Francisco Javier Álvarez Leefmans: *Biología de la mente*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1999).

Paul Valéry, ponía en boca de Fausto la siguiente sentencia: “siempre es un problema hacer preguntas para las cuales se tiene ya una respuesta”. Este libro, en su aproximación a la lingüística, parece seguir dicho camino.

Ernesto Reaño
Pontificia Universidad Católica del Perú